

diez y ocho meses después de la supresión, esto es, el 21 de septiembre «Deseo grandemente que los Religiosos de esa casa de »Fagnano perseveren en el Instituto con la esperanza de que »Dios, después de tantas tribulaciones y de persecuciones tan »poderosas, los volverá á su primer estado. Para llegar á este »fin hay que rogar á Dios con grande humildad, para que nos »aumente su gracia para servirle en adelante con más fidelidad. »Aquí vivimos en la estricta observancia de nuestras Constitu- »ciones.»

Así se acabó el año 1647, tan triste como el anterior. Durante las persecuciones había hecho José todo lo humanamente posible para salvar el Instituto. Perdida la partida ante justadores tan poderosos, reducíase su ambición á salvar los restos de la Sociedad para tener adrajas para la reconstrucción futura. De mil Religiosos, según nuestros cálculos, se habían llevado la muerte y las defecciones casi la mitad; hacía cuatro años que no podía recibir Novicios, y el pequeño número de los que se presentaban después de la supresión no podía hacer votos, y no había que contarlos como verdaderos miembros del Instituto; eran auxiliares preciosos en aquella situación, pero auxiliares de paso. Hemos visto los incesantes esfuerzos de nuestro Santo para conservar aquellos restos; era milagro no pequeño la energía de aquella voluntad á los 91 años, teniendo ya un pie en la sepultura. Seguirémosle, encontrándolo siempre el mismo hasta su último suspiro.

Pero la venganza de Dios debía alcanzar sucesivamente á todos los perseguidores de San José. Mario fué el primero en comparecer ante aquel terrible tribunal; el P. Visitador probablemente no tuvo tiempo para arrepentirse: tocaba el turno al P. Esteban Cherubini que tantas veces hemos encontrado en esta historia, causando toda suerte de disgustos á su bienaventurado Padre. ¡Misericordia de Dios! más feliz que sus cómplices, aunque teniendo tan espantosa muerte como ellos, obtuvo de las oraciones de su víctima la gracia de la conversión.

Desterrado á Frascati el P. Esteban, había pedido á los Auditores de la Rota permiso para volver durante algunos días al Colegio Nazareno para el arreglo de ciertos asuntos. Pero viéndose echado de todos los palacios que tenía antes abiertos, señalado con el dedo, cuando andaba por la ciudad, llamado con el mortificativo dictado de *Destructor de las Escuelas Pías*, su inmenso orgullo se resintió gravemente. Había pensado elevarse sobre las ruinas del Instituto, y veía que se había operado fuerte reacción contra el perseguidor y en favor de las víctimas. Huían de su lado sus Hermanos; quedaba solo, aislado; era el comenzar de su castigo. Lejos de enmendarse, concibió tan gran despecho, que se le corrompió la sangre, y fué atacado de una terrible lepra como la de Mario. Todo el mundo reconoció en aquella enfermedad la mano de Dios, y él tuvo la felicidad de reconocerla también pesando sobre él por haber perseguido á

una Orden tan santa y á su santo Fundador. Atacándole la fiebre con gran violencia el 1.º de enero de 1648, declararon los médicos que no quedaba esperanza alguna. Llamó inmediatamente al Superior del Colegio Nazareno, y le suplicó que fuese á San Pantaleón, y en presencia de todos los Padres, pidiera perdón al Padre General del mal que le había hecho y de las amarguras que le había causado. «Mientras hablaba yo, dice el P. Superior en »el Proceso, el P. General que tenía el semblante iluminado y cru- »zados los brazos, respondió con la mayor magnanimidad: De todo »corazón, sí, de todo corazón lo perdono, como quiero que me per- »done Dios mis pecados. Jamás he deseado otra cosa que la sa- »lud de su alma. Fueron dichas aquellas palabras con tal acen- »to que no pude contener las lágrimas.» Aunque en la decrepitud, á los 92 años, sin fuerzas, enfermo, con las piernas desnudas en medio de un invierno rigurosísimo, y estando el Colegio Nazareno provisionalmente en el Borgo, cerca del Vaticano, más de una milla de San Pantaleón, fué dos veces á pie á ver al enfermo. Apenas le vió Esteban, exclamó en presencia de todos: «¡Perdón! Padre General, ¡perdón! por caridad, perdón por tan- »tas injurias...!» José no le dejó acabar, corrió á él, y sin señal alguna de repugnancia á su espantoso estado, le abrazó tiernamente, manifestando el gozo que le causaban sus piadosos sentimientos. Le aseguró que había pedido siempre á Dios por él, y que entonces le rogaría con mayor fervor aún, para que lo conservase en aquellas buenas disposiciones. El 5 de enero volvió otra vez á verlo, y hallándolo profundamente aletargado, y conociendo que iba á morir, lo roció con agua bendita, y le dijo en alta voz: «¿Qué hacemos P. Esteban? ¿Cómo se halla V. R.?— »P. General, respondió el enfermo que se despertó sobresaltado, »ayúdeme, Padre; estoy muy mal». El moribundo le mostró toda su confianza de la manera más tierna, no cesando de repetir: ¡Perdón! ¡perdón! Invitóle nuestro Santo á confiar en la misericordia de Dios, le hizo hacer los actos de las principales virtudes, y le preguntó si se había confesado. Como todos los enfermos, creía el P. Esteban que iba á sanar muy pronto, y no había pensado en confesarse. San José lo indujo á hacerlo cuanto antes y á recibir los últimos Sacramentos, no ocultándole la gravedad de su estado. «Padre, exclamó Esteban, Padre, quiero »confesarme con V. P.—Conmigo, no, respondió José con gran »prudencia, prepárese y esta misma noche vendrá el P. García: »confiélese con él, y reciba los últimos Sacramentos. La hora de la noche parecía molesta á los Padres de la casa. ¿No sería mejor que comulgase á la hora de despertar ó después de media noche? «No, dijo José, que comulgue á las nueve.» A su vez decía el enfermo: «Quiero hacer lo que disponga el P. General.» Se hizo así, y se creyó tan bien Esteban, que prometió al Santo que al día siguiente iría á conferenciar con él á San Pantaleón. Acaso quería reparar lo mejor posible tantas injusticias; lo que prueba la sinceridad de su arrepentimiento, puesto que se

creía mejor. Al salir dijo José á los Padres que le rodeaban: «No, no irá á San Pantaleón, pero lo llevarán.» Hacia la media noche, cayó en violento delirio, y no recobró la razón sino algunos momentos antes de su muerte. Se le administró la Extrema Unción, y expiró al anochecer del 5 de enero, á los 48 años, en todo el vigor de su edad. Había sido uno de los primeros que recibieron el hábito de manos de José en 1617. Al día siguiente trasladaron el cadáver á San Pantaleón, asistiendo el General á sus exequias con el mayor fervor.

Quedaba la Princesa Olimpia Maldachini. Teniendo ganado al Papa, abrumando de injurias y de calumnias á José ante su cuñado, había contribuido más que nadie á sus sufrimientos. Murió después de nuestro Santo, de un ataque de gota, precisamente cuando iba á comenzar su proceso Alejandro VII: y ¡cosa bien terrible! aquella lengua, que había hecho tanto mal, quedó fuera de la boca, de la manera más horrible. No pudieron introducirse, y para exponer su cadáver, hubo necesidad de cortarla. De todos los perseguidores de nuestro Santo quedaba únicamente Mgr. Albizi, el Asesor de la Inquisición. Sin duda que éste había estado engañado de buena fe, pues, hecho Cardenal, prestó los mayores servicios á la Iglesia, y como veremos, no temió confesar su error en el proceso de Beatificación.

El Cardenal Mars Genetti era Vicario del Papa, miembro del Tribunal de la Inquisición y de la Congregación nombrada para el estudio de los asuntos de las Escuelas Pías, bajo Urbano VIII é Inocencio X. Había reconocido y sostenido siempre la inocencia y la santidad insigne de José, y la injusticia de las persecuciones que sufría. Cuando tuvo noticia de todas aquellas muertes terribles que se iban sucediendo, Mario, Pierrasant, Esaban y la Princesa Olimpia, exclamó con terror: «Hay que mirar mucho cómo se aflige y persigue á los siervos de Dios». Máxima muy breve, que nunca meditarán lo bastante los que persiguen á las buenas obras, y las más de las veces, porque no las conocen.

A su edad de 92 años, y con un pié en la sepultura, parece que debía tener José algún descanso. Tantas persecuciones debían haber debilitado todas las facultades de un anciano de 92 años. Pero no, hasta el último momento fué fiel á la resolución de impedir la ruina total de su Orden para conservar los elementos de resurrección. Sus últimas cartas reflejan siempre este pensamiento. El 20 de enero escribía á Pisa: «Alabo en gran manera la humildad de V. R. que huye de los cargos honrosos, buscando los empleos difíciles por amor de Dios. Que sobrenaturalice este amor todos sus actos; porque el que ama la tierra, se convierte en tierra; el que ama el oro, se convierte en oro; y el que ama á Dios, *unus spiritus fit cum eo*. Así resistirá V. R. á las tentaciones del espíritu infernal, y podrá acudir siempre en auxilio de los pobres, con no escaso mérito para su alma».

El 22 de febrero contestaba al P. Bondi: «Me avisa V. R. que han dejado el hábito algunos de los nuestros para poder ordenarse, para lo cual nadie tiene derecho. El Breve de disolución permite solamente pasar á otra Orden, aún *ad laxiorem*; pero nada más. Los que pueden presentar patrimonio, deben pedir un Breve especial para pasar al clero secular, sometidos como los demás al Ordinario. Si han tomado algunos tal partido sin esta autorización, y se han ordenado, han cometido gran falta; hay que decirseles, y buscar los medios convenientes para reparar el error, y dar seguridad á su conciencia. Haga V. R. que se observe exactamente la Regla en esa casa: ruegue mucho por los que han abandonado el Instituto con intento de seguir el camino del siglo que es más ancho. Esperemos que con la ayuda de Dios pronto volverá la Religión á su antiguo estado».

No era pequeño dolor para José la salida de aquellos Religiosos, cuando de todos lados pedían nuevas fundaciones, no pudiendo atender á las necesidades de las casas antiguas. El Obispo de Savona le pedía algunos de sus hijos para el Seminario. La Madre Priora de Frascati, Princesa Aldobrandini, después de haber ensayado muchos Directores, le pedía uno de sus Padres para substituir al P. Vitali de aquel Colegio, que había muerto en 1646. Aragón hacía nuevas instancias para obtener numerosas fundaciones. «Ha resuelto el Consejo Real de este Reino traer Padres de las Escuelas Pías para fundar Colegios en todas las ciudades, por el bien que producen en todas partes». El Santo escribía á Pisa el 26 de abril. «En su bondad inmensa y con particular inspiración ha movido Dios á un sacerdote español distinguido por sus buenas cualidades, á tomar nuestro hábito como él mismo lo dirá á V. R. Si no hay hábito nuevo, déle V. R. uno viejo, y espere el momento para embarcarse con él en Liorna para Cagliari, pasando después á Aragón á hacer una nueva fundación. Después seguía diciendo José al mismo Padre. Ruego á Dios que muestre su paternal amor á V. R. y á todos los de esa casa. Que se muestre para con nosotros más propicio que hasta ahora interior y exteriormente. No se desaliente V. R. por las pocas penas que tenga que soportar todavía este año, porque espero que le ha de consolar el Señor en abundancia. Sean todos fuertes y constantes, como les suplico, *et videbitis auxilium Dei super vos*».

Negábase en absoluto nuestro Santo á seguir á los Príncipes que querían mantener las Escuelas Pías contra la voluntad del Papa; pero empleaba todos los medios de que podía disponer para hacer revocar canónicamente el Breve de supresión. Habían desaparecido sus enemigos. No había probabilidad de que Inocencio X volviera sobre sus pasos; sin embargo, no se perdían en el vacío sus esfuerzos. Llegaría un día en que otro Papa encontraría todos aquellos documentos, y sería más fácil examinar la cuestión y juzgarla de nuevo con conocimiento de causa.

Si se hubiera abandonado nuestro Santo, hubiera sido perpetua la supresión, y después de él no hubiera quedado quien pudiera resucitar el Instituto. En cuanto á los Principes, se renovaban todos los días sus instancias, sin que se desalentasen por la falta de éxito. El Soberano Pontífice estaba ya cansado. El Gran Duque de Toscana urgía á su Embajador en Roma, y había nombrado su principal Agente para aquel negocio á Mgr. Bernardino Biscia, que, como hemos visto, fué de joven tantas veces sanado por San José, ayudado por el Cardenal Carlos de Médicis, su tío, y por el Cardenal Juan de Médicis, su hermano.

El 21 de febrero escribía la Princesa de Dietrichstain á los Cardenales Roma, de la Cueva y Spada, miembros de la Congregación encargada de los asuntos de las Escuelas Pías. Después de darles á conocer el gran honor que tenía en declararse Protectora de aquella Institución en Alemania, añade: «En estas últimas guerras, cuando ocupaba el enemigo estos países, en medio del contagio, de la suerte contraria y de los peligros, jamás han abandonado ni su Iglesia, ni su casa, consolando y edificando á estos pobres pueblos afligidos, administrándoles los sacramentos, é instruyendo á la juventud completamente abandonada».

El 12 de marzo escribía el duque de Ossolvi, Gran Canciller de Polonia, á Mgr. Roncalli, representante del Rey en Roma: «Si amáis á Jesucristo, y queréis glorificar á la Iglesia en presencia de los herejes, protegéd y defended á mis queridos Padres de las Escuelas Pías: os aseguro que de otra manera se va á producir gran escándalo. Por favor, besad de mi parte la santa mano de su General».

El mismo Rey de Polonia, Ladislao IV, escribía desde Vilna á su Agente: «Cada día deseamos veros hacer algo en beneficio de las Escuelas. Por las presentes os encargamos que habléis á Su Santidad. Cuando tengáis buena ocasión, le daréis á conocer nuestro apremiante deseo de verlos rehabilitados. Hablad también á los Cardenales de la Congregación nombrada con este motivo, y sobre todo, á sus Eminencias Spada, Panciroli y Mattei, que nos son más afectos, para que consigan que el Papa se resuelva á darnos gusto en asunto de tan marcada justicia que tanto deseamos, y que traten de obtener buen éxito.» Sin duda hubiera alcanzado su objeto aquel gran Rey, pero el Señor lo llamó á sí á mitad de mayo. El 2 de junio escribían de Cracovia á nuestro Santo: «Ha querido el Señor llevárenos á nuestro Rey que murió el 15 de mayo. Es muy justo que nuestra Orden conserve mucho tiempo el recuerdo de tan gran Rey, fundador y bienhechor nuestro.» José sintió vivamente aquel golpe, no sólo porque se veía privado de un amigo tan constante y poderoso, sino también, porque a aquel pobre reino, atacado por todos lados por la herejía, iba á perderse con la muerte de un Rey tan católico y religioso. Agradecido,

hizo que todos los religiosos orasen por la salvación de su alma y por la buena elección del nuevo Rey.

Multiplicábanse las conversiones de los herejes por el celo de sus buenos Religiosos, aunque tan reducidos. Le anunciaban el 9 de mayo desde Litomisle la conversión de un pastor del ejército sueco juntamente con sus padres y dos hermanos también pastores. En Strasnitz abjuraba sus errores un sacerdote luterano y anabaptista, y siguiendo su ejemplo, otros dos herejes casados.

Hacíanse más raras las cartas de José á sus hijos: escuchemos sus últimos consejos. El 2 de mayo escribía á Palermo. «Mucho me ha consolado la carta de V. R.; veo el deseo que tiene de adquirir virtudes para servir á Dios con más fruto. Practique la humildad, y conseguirá todas las demás virtudes, porque es cierto que el Religioso *tantum habet virtutis, quantum habet humilitatis*. Que el Señor que es todo misericordia, derrame en V. R. su Santo espíritu de humildad, y dé á todos su santa bendición.»

Ni los extraños, penetrados de su santidad, cesaban de pedirle el socorro de sus oraciones. No podemos citarlos á todos. El 23 de abril le escribe de Ancona el Padre Reali: «Recibí ayer la carta de V. P., y la hice leer al señor Horacio de Massimi, General del ejército de Ancona. La besó inclinándose respetuosamente, y me encargó, que hiciera conocer á V. P. su viva gratitud por la parte que le da en sus oraciones.» A medida que se acercaba el fin de su vida, todos querían tener sus autógrafos ó á lo menos su firma. En Alemania acababan de hacer grabar el retrato del Venerable P. Pedro Cassani. El príncipe de Nicolsbourg pidió á San José que firmase algunos de aquellos retratos para él, para su mujer, para sus hijos, para todos á quienes más amaba, para la Emperatriz reinante y para la Emperatriz viuda. Los que no habían visto nunca al Santo, le tenían en gran estima, juzgando al Padre por la virtud de los hijos que edificaban á todos con la observancia estricta de sus Constituciones. No era ya General, lo había desposeído de su cargo el Papa; los Religiosos dependían solamente del superior local; de derecho estaban rotos los lazos; y sin embargo, todos se dirigían á él para obtener dispensas ó permisos. Prohibía la Regla comer carne los lunes y miércoles (1) además de los días prohibidos por las leyes de la Iglesia. A él se dirigen, cuando se necesita alguna exención. «Según costumbre introducida hace mucho tiempo, el día de San Juan Bautista, Titular de nuestra Iglesia, convidamos á comer á nuestros amigos, á los bienhechores y á los oficiales del Príncipe; pero este año cae la fiesta en miércoles; el pescado es carísi-

(1) No habla del viernes, porque el viernes es día de abstinencia según las leyes de la Iglesia. En España se puede comer carne los viernes por el privilegio de la Bula.

»mo, y estamos muy pobres, pido á V. P. que nos permita comer carne aquel día.»

A medida que se acercaba á su ocaso la vida de San José de Calasanz, se multiplicaban los milagros y las profecías. Hacía treinta días que la Marquesa Hortensia Biscia, de la que hemos hablado tantas veces, tenía una violenta fiebre de tercianas dobles. Fué á recomendarla á José el Cura de Santa Lucía que vivía cerca de su casa. «Tome usted, le dijo, la reliquia de »San Pantaleón y agua bendecida por los Padres; vaya usted á »verla, y dígame de mi parte que despida la fiebre.» El cura le hizo tocar la reliquia y beber del agua bendita, y con gran asombro del médico, cesó inmediatamente la fiebre. Pero aquella familia Biscia estaba muy acostumbrada á los milagros de José.

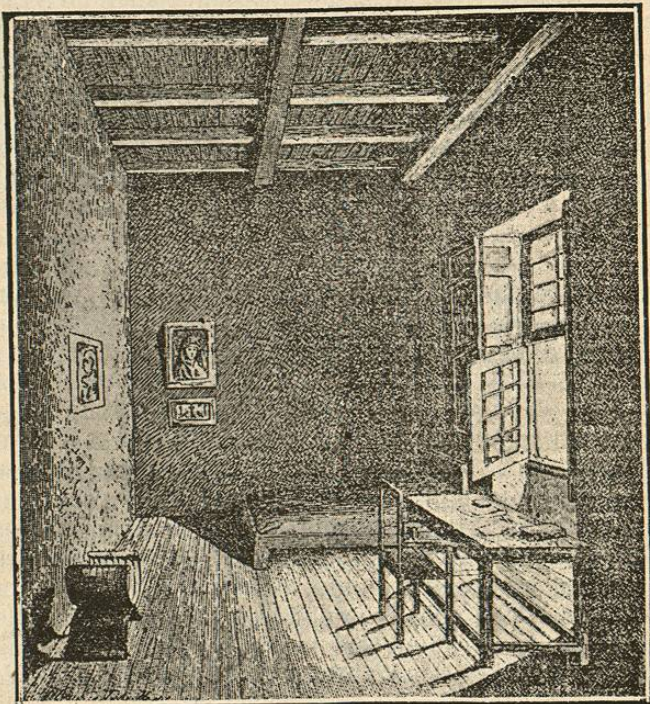
Hacia dos años que no era General, y no sólo le daban el título, sino que en Roma no se le llamaba con otro nombre ni apellido, aunque había en la ciudad muchos Generales de las demás Ordenes. Estaban tan acostumbrados á sus milagros, que ya no les llamaban la atención; los apellidaban favores ordinarios *i soliti suoi favori*. El domingo, 26 de julio, hacía, según costumbre, la conferencia de los Padres reunidos en el Oratorio. De repente interrumpió la materia, exclamando: «Hijos míos, oremos por la »Santa Iglesia que está en gran necesidad, y en particular para »que no sean vencidos los católicos por los herejes: es muy necesario en esta hora: digamos un *Padre nuestro* y un *Avemaría*.» Arrodilláronse todos, y rezaron por una necesidad desconocida. El permaneció largo rato en oración. Pocos días después llegó á Roma la noticia fatal de la toma de Praga, que sucedió en el mismo momento de la exclamación de José. Un traidor había conducido al General Chinismark á aquella ciudad y al castillo imperial de Rotschín, donde se hizo dueño de abundante botín. Cayeron en su poder el Cardenal Arzobispo de Arrac y más de doscientos Señores; y hubiera caído el mismo Emperador, si por casualidad no hubiera salido un poco antes. Las oraciones de José contuvieron el desastre, porque el Coronel Colloredo y algunos otros pudieron escapar del castillo, y defender aquella gran ciudad, consiguiendo los católicos grandes ventajas sobre los herejes.

Ya hemos visto que, desembarazado José por la mano de Dios de todos sus perseguidores, prosiguió hasta el fin de su carrera su único objetivo, la conservación de su Orden. Trataba de llenar los numerosos vacíos recibiendo Novicios, que por entonces no podían hacer la profesión solemne, pero que sin duda la habían de hacer más tarde: era su invencible esperanza. El 13 de junio escribía: «Puede V. R. dar el hábito á los Novicios con tal »que sean buenos y útiles. Reciba también á los que nos han de »jado haciéndose sacerdotes seculares, si están sinceramente arre- »pentidos». Continuaba la muerte diezmando los Religiosos, como sucedió el 6 de julio en la espantosa catástrofe de Savona tan

célebre entre los historiadores de aquella época. Fué la última desgracia de su vida. Dejemos que la cuente el mismo José en carta del 18 de julio, una de las últimas que escribió: «Sé que »todos, Padres y Hermanos, tomarán parte en la desgracia de »Savona. El 6 de este mes, á las once de la noche, estalló de repente una horrible tempestad acompañada de relámpagos y de »truenos. Cayó un rayo en el polvorín del fuerte de San Jorge, »donde, según dicen, había mil barriles de pólvora. Saltó la »fortaleza, destruyendo el barrio vecino, donde estaban las Es- »cuelas Pías. De diez personas que había en nuestro Colegio, »seis sacerdotes murieron en el acto, no quedando más que dos »sacerdotes y dos Coadjutores y todos estos heridos, pero con »esperanza de curar. En aquella horrible catástrofe hubo tres »mil muertos y seiscientos heridos. Haga V. R. que se cumplan »los sufragios ordinarios, y ruegue al Señor que tenga miseri- »cordia». Y lo que no nos cuenta en esa carta la humildad de José nos lo dicen los testigos del hecho. Al principiar la tempestad, un trueno despertó al P. Vignari. Cuando estaba en Roma algún tiempo antes, le había prometido el Santo que rogaría siempre por él ante el Señor. Le cumplió la palabra. Apenas se despertó, oyó la voz de su General que le mandaba que con un compañero fuese á tocar la campana. Creyendo que era ilusión, se quedó en la cama: segunda y tercera vez se escuchó la voz, mandándole siempre que se levantara. Obedeció entonces, llamó al Hermano Antonio, y juntos subieron al campanario; mas apenas llegaron, cayó el rayo que destruyó enteramente las dos celdas; un momento más, y hubieran perecido enterrados como los otros ocho compañeros. De todo el Colegio no quedó más que la pared en que se apoyaba el altar del Santísimo Sacramento y de las reliquias de los Santos. El P. Vignari, salvado milagrosamente por su General, no recibió herida alguna. Al Hermano Antonio le cayó en la espalda un pedazo de tabla, y quedó tan mal, que hubo que trasladarlo al hospital, y de allí á un buque que lo condujo á Génova. Algunos días después, el 24 de julio, mandóle el Superior de Génova que saliese para Savona con algunos otros para sacar los escombros de aquella casa, arreglarla ó reconstruirla, si era necesario. Parecióle imposible aquella orden, pues sufría mucho de los riñones; y cuando estaba sentado ó de rodillas, era necesario que le ayudasen para levantarse. Pero mostróle el Superior una carta del P. General que le mandaba ir sin miedo ninguno, pues había pedido por él á la Santísima Virgen. Marchó al punto, y apenas puso el pie en el navío, desapareció el dolor para siempre. José escribió á aquel P. Vignari el 1.º de agosto: «Puesto que ha »querido Dios conservar la vida á V. R. y al P. José, les suplico »que pongan toda diligencia para conservar y reparar todo lo »que pertenece á nuestra Orden. Nunca dejaré de pedirlo á »Dios en mis oraciones».

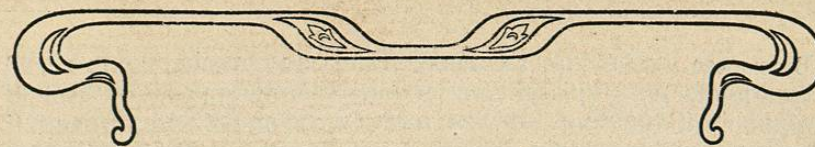
En agosto de 1648 escribió José la última carta cuyo original

se conserva. «Nuestro P. Pelegrini ha tenido una santa muerte después de una santa vida». En todas aquellas cartas que no se escribieron para la posteridad hemos leído en el corazón de José. Son vivo testimonio de su solicitud por la observancia de la Regla en su Instituto, y de su constante atención á las Escue-



APOSENTO DE SAN JOSÉ

las. Su aliento aseguró la perseverancia de gran número de sus hijos conservándolos para la reintegración del Instituto. En aquella última carta añadía: «Trabaje V. R., con los otros Padres para mantener la observancia entre nosotros, y las Escuelas en el mejor estado posible. Espero que el Señor que nos ha mortificado, nos dará vida». Aquel deseo se había de cumplir ocho años después: en cuanto á el, había de verlo realizado desde el cielo.



CAPITULO XXVIII

LA MUERTE

25 DE AGOSTO DE 1648

QUACIA un año poco más ó menos que, queriendo consolarle sus hijos, les había contestado José: «Esperad al mes de agosto, y veréis lo que permitirá el Señor». Palabras proféticas que interpretaron de muy diferente manera los Religiosos. Para prepararse á la muerte quiso salir de San Pantaleón por la última vez el martes 21 de julio, y hacer á pie la visita de San Salvador, pequeña Iglesia próxima á San Luis de los Franceses, enriquecida aquel día con gran número de indulgencias. Satisfecha su devoción, estando muy fatigado volvió con mucho trabajo á San Pantaleón, y al atravesar la plaza *Madama* y de Santiago de los Españoles, tropezó tan fuertemente contra una piedra, que se hirió gravemente el pulgar del pie derecho, faltando poco para partirsele la uña. A semejante edad es mortal cualquier herida: corrió la sangre en abundancia, dejando señalado el camino. Estaba desesperado el compañero por no haberle advertido al santo anciano que tenía tan débil la vista, y lloraba á lágrima viva sosteniéndole como podía. José, siempre tan pacífico, á pesar de la violencia del dolor, esforzabase por consolarle, diciéndole que no era nada, que no valía la pena, que había permitido aquel accidente la misericordia de Dios para hacerle expiar sus innumerables pecados, que se curaría pronto aquel mal. Cuando llegaron á casa, viendo los Religiosos el triste estado de su Padre, reprendieron unánimemente al compañero que le habían dado precisamente para que lo atendiese. Tomó su defensa José, se reprendió á sí mismo por su falta de atención, manifestando que aquello era una gracia y señal de la bondad del Señor. Le aconsejaron que guardase cama, para que la inflamación no se extendiese al pie, y para poder curarlo más fácilmente. «Tan poco mal, les dijo, no necesita tantos cuidados: ya que me ha dado el Señor esta pequeña ocasión de merecer, debo aprovecharme de ella. En una procesión pública se clavó en el pie descalzo un hierro S. Carlos